

# UN ANCIANO CRISTIANO

---

## EL DIFUNTO DOCTOR EMILIO LAMARCA

---

A LOS NIETOS DEL DOCTOR EMILIO LAMARCA  
EN ESPECIAL A MIS DISCÍPULOS

Quien bien ama, tarde olvida. Si la vejez es nuestra herencia, él es a quien debéis asemejaros. En imitarle encontraréis vuestra recompensa, porque fué todo un hombre de bien, *vir probus*, soldado de Cristo, *miles Christi*.

Amigo lector, permítame una confidencia. El que te habla cree que la visita a las necrópolis es cosa excelente para los habitantes de la Metrópoli. Esta era también la opinión de Judas Macabeo, y de Platón del tiempo de los antiguos.

Acabo de pasar unos instantes en la Recoleta, donde he pensado en la importancia capital de vivir bien a fin de bien morir. Mi atención ha sido llamada muy especialmente por la modesta tumba de los Lamarca. Bajo un dosel dominado por la cruz, lo mismo que un tabernáculo, se levanta el busto, en mármol blanco de una madre, de una anciana venerable, la señora Petrona Coronel de Lamarca. En el interior del monumento veo una gran corona de bronce, mitad laurel, mitad encina, símbolo de la gratitud y de la admiración dedicadas por sus conciudadanos al gran patriota cristiano que se llamó el doctor Emilio Lamarca. Inmediatamente pasan por delante de mi imaginación los principales acontecimientos de su vida. Yo le veo, niño haciendo su entrada en la vida, en la residencia del Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en Chile: niño dichoso de vivir, dedicándose a sus diversiones en Santiago, en Valparaíso; huérfano de padre, muy joven todavía, escribiendo una carta notabilísima a su querida madre; estudiante, decidido a hacer cuanto es-

taba en su mano para honrar y ayudar a los suyos: joven casado, encantado de vivir con su graciosa consorte, sintiéndose dos corazones estrechamente unidos: padre afortunado, lleno de un noble orgullo al pie de la cuna de sus hijos: abuelo, orgulloso por su condición de anciano más que por sus títulos de abogado, de ingeniero, de profesor, de sociólogo y de orador; consejero de sus amigos y abogado de las mejores causas. Anciano, obligado al retiro por la cruel diabetis, seguida de la ceguera, más cruel todavía, y después la muerte poco menos que fulminante. Difunto llorado, dando hospitalidad en su tumba a personas religiosas, como la daba en otro tiempo en su residencia de la calle de Tucumán. Y yo me digo: esta tumba es un relicario, este noble anciano ha pasado practicando el bien. *Vita fuit; opera manent*. Ha muerto, pero sus obras quedan en pie. Que descanse en paz.

Me doy cuenta que, entre los contemporáneos, Víctor Hugo gustaba también visitar los cementerios:

«Comme au creux du rocher vole l'humble colombe,  
Cherchant la goutte d'eau qui tombe avant le jour,  
Mon esprit alteré, dans l'ombre de la tombe,  
Va boir un peu de foi, d'esperance et d'amour.»

A ejemplo del poeta, quiero evocar la memoria de un alma bella, de un gran anciano, modelo digno de ser propuesto a la posteridad, especialmente a sus nietos. Nada de más actualidad con ocasión del segundo aniversario del finado doctor Emilio Lamarca, nada más capaz de hacernos mejores.

Yo no he tenido la dicha de conocer al doctor Emilio Lamarca en el pleno desarrollo de sus actividades, sino solamente en sus últimos años, sin embargo he conservado de él un recuerdo imborrable. Me limitaré, por consiguiente, a hablar del anciano cristiano, del hombre íntimo que fué «the great old Man» del Río de la Plata. Por esto, desde 1922, sus amigos y discípulos han loado en prosa y en verso: su juventud virtuosa, al cristiano, al profesor, al orador, al escritor, al sociólogo, al Presidente de la Liga Social Argentina. Me parece ver todavía a este hombre tan instruido, literato, uno de los más completos de su medio y de su tiempo, uniendo, como el inmortal Alberto de Mun, al atractivo del espíritu y del saber la gracia de la persona y de la mirada.

De talle airoso, espaldas largas, figura expresiva, de plácida sonrisa, de airosa postura, aristocrático en su porte y en su tono, unía a



las maneras del hombre de mundo la vivacidad, la alegría natural y el buen humor. Por el fondo de sus discursos y por la amenidad de sus palabras, tanto como por la bondad de su corazón, recordaba a sus amigos al sabio Néstor. En cuanto a mi, extranjero, tuve la satisfacción de saludar en él un legítimo, un noble representante de la sociedad argentina. De esta él tenía el buen sentido, la buena gracia, el buen humor y el golpe de malicia traviesa. Aun en sus últimos días, en la tarde de la vida, el doctor Emilio Lamarca era uno de los hombres de más representación en Buenos Aires. Sus obras, sus fundaciones, sus legados piadosos señalan en su persona un gran espíritu y un noble corazón.

Los funerales que le hizo la Capital, el homenaje que vino a hacer a su memoria su antiguo condiscípulo, constituido Príncipe de la Iglesia, a saber, el popular Cardenal Gasquet (huésped durante algunas semanas, de la señora María Unzué de Alvear), la velada necrológica celebrada por la Academia Literaria del Plata, en el Colegio del Salvador, todo esto prueba elocuentemente que este católico militante, que este maestro benemérito, es de los que no han sembrado la ciencia y la virtud en un terreno ingrato o estéril, de los que no mueren en modo alguno, de aquellos cuya memoria no se borra jamás del recuerdo de sus discípulos, ni de sus compatriotas. Todos conocen la palabra clásica de los antiguos: «Abis, magister, sed spiritus tuus manet inter nos». Sí, Maestro: tú partes, pero tu espíritu permanece entre nosotros.

Es preciso repetirlo con ocasión del segundo aniversario de la partida del doctor Emilio Lamarca para un mundo mejor. Ojalá pueda este espíritu permanecer siempre y llegar a ser el de sus discípulos, de todos los suyos, sus continuadores.

Aquellos a quienes ha honrado con su intimidad saben que el doctor Lamarca era un conversador agradable. Más bien cuando hablaba con toda confianza su conversación era un encanto. Conversador admirable, mantuvo esta gracia hasta el fin, y casi todo lo más selecto de la Capital pasaba por su residencia para oírle. Tenía el don de sus entretenimientos familiares, de sus diálogos íntimos en los que sobresalen los hombres de vida interior, los educadores, los apóstoles. Por esto él fué todo esto, y además tenía y conservó, aun bajo los cabellos blancos, un alma de fuego, siempre dispuesta a comunicarse por medio de la palabra. Sus lecturas, su experiencia, su meditación asidua, su memoria felicísima hacían su conversación admirable por sus observaciones e inspirada en alto grado. He aquí por

qué su palabra fué y permaneció inspiradora, he aquí por qué supo entusiasmar a sus interlocutores en sus conversaciones privadas, lo mismo que a la multitud de oyentes en los Congresos de 1907, 1908 y 1916.

El retiro a que le condenó su enfermedad le impidió prodigar sus consejos, multiplicar sus conversaciones en que brillaban sus rasgos de ingenio, sus facilidades de expresión que encantaban. Dios solo sabe la influencia que ejerció; pero sus interlocutores están convencidos de que fué considerable. Sea de esto lo que fuere, no olvidaré jamás su fisonomía que se iluminaba con la más graciosa de las sonrisas cuando recordaba una polémica sostenida por él con ocasión de un juicio injusto contra la enseñanza de los jesuítas.

Es un hecho curioso que este conversador ameno y al mismo tiempo gran escritor, no haya querido dictar ni narraciones, ni máximas, ni memorias, aunque se le rogó muchas veces por amigos y allegados. Es sin duda la modestia la que le inspiró esta actitud, y acaso también porque el doctor Lamarca pensó que no tenía necesidad de sincerarse ni de hacer su propia apología.

Por el contrario, este católico de una pieza, a la manera de Luis Veuillot, este campeón de la Iglesia y de su estado mayor, o sea de los jesuítas, fué su defensor constante hasta la muerte. Es que él ha visto siempre en ella su madre espiritual y en estos últimos los padres de su inteligencia, sus maestros venerados. El doctor Lamarca conservó hasta el fin la fe ardiente que supieron infundir y fortalecer su madre y sus maestros. Jamás dejó de venerar al Papa como al Padre común de los fieles, como al Pastor encargado de conducir a los pastos de la verdad las ovejas y los corderos. Si defendió el Colegio del Salvador contra una demagogia incendiaria en 1875, si ha pronunciado el panegírico del P. Jordán en 1911, el doctor Lamarca ha permanecido siendo siempre el admirador, el discípulo entusiasta de los hijos de San Ignacio. Es ciertamente porque veía en ellos, como la han hecho muchos Pontífices y muchos historiadores de valer, a los misioneros admirables del viejo y del nuevo mundo, maestros en materia de enseñanza y educación, directores de conciencia sin igual, servidores esclarecidos y sumisos de la Santa Sede, heraldos de la civilización, los grandes bienhechores de los indios, y cuyo abandono impuesto por el odio y la violencia, trajo el retorno a la barbarie en un gran número de estos infortunados neófitos. Lejos de dejarse seducir por los sofismas, por las paradojas, por la ironía de Rousseau o de Voltaire, de Renan o de Anatole



France, el doctor Emilio Lamarca ha visto su fe afianzarse y esclarecerse más y más cada día. (*Vires acquirit eundo*). El ha seguido la palabra de orden de San Anselmo *fides quaerens intellectum*, y ha escuchado a San Agustín cuando dice a todo cristiano: *Quae fidei firmitate iam tenes, etiam rationis luce conspicias*. Así como Fr. Ozanan tuvo empeño en mostrar la religión glorificada por la historia, el doctor Lamarca ha probado que la ciencia económica justifica el decálogo. El diccionario de Pierre Larousse (el viejo Larousse) le exasperaba y el nuevo Larousse ilustrado no le satisfacía en modo alguno. ¿Por qué, decía, no hacer más caso de un Gratry y de un Dupanloup que de un Renan o de un Pacherot? Se le hizo notar que el punto de vista de la casa que editó el diccionario en cuestión era más bien económico, mientras que el suyo era el punto de vista cristiano. La advertencia no pudo satisfacerle enteramente, pero como alma indulgente y como hombre fino y atento, replicó: Es preciso sin embargo reconocer la superioridad de la Francia cuando se trata de las misiones y del dinero de San Pedro. En Francia se han aparecido el Sagrado Corazón y la Virgen Inmaculada, aquel en 1675 a la Beata Margarita María y la otra en 1858 a Bernardita Soubirous.

Lo mismo que S. S. Pío X, el doctor Lamarca habría querido *instaurare omnia in Christo*, principalmente la sociedad contemporánea, trabajada por el socialismo y el sensualismo, igualmente materialistas e inmorales. Y a ejemplo del Conde de Montalembert, éste hijo adicto a la Iglesia hubiese podido decir al fin de su vida «A los 60 (a 78) años que voy a cumplir muy luego siento que la amo y que creo en ella con mucha mayor energía que a los 20 años» (Carta a Lady Herbert, del 9 de octubre de 1869).

Si he insistido en el cristiano es porque el doctor Lamarca fué ante todo soldado de Cristo. Fué y permaneció también hasta la muerte un patriota. La única preocupación de toda su vida fué servir fielmente a la religión y a la patria. Estas dos ambiciones las había hallado presentes desde su cuna en la mirada de su padre y en la sonrisa de la madre. Ellas determinaron sus actos y el doctor las encontró de nuevo en su lecho de muerte en su familia reunida a su alrededor. Dejó cinco hijos y unos treinta nietos este cristiano sin miedo, este argentino sin tacha.

Por su enseñanza, por su ejemplo, por sus consejos fué un apóstol de la grandeza argentina. Mereció la estima y el respeto aun de sus mismos adversarios. Campeón del derecho y de la libertad, tanto como de la religión y de la moral, fué admirado aun de sus mismos

enemigos. Estos hubiesen podido decir de él lo que un día dijo Roberto Peel de lord Palmerston; «Le combatimos, pero estamos orgullosos de él». Y por haber servido y honrado a su país como a su fe, su nombre merece estar inscrito en la primera página del libro de oro de la República Argentina.

El doctor Lamarca había sido feliz durante casi 70 años; su misma vejez fué hermosa y la prueba debió embellecerle más todavía y dejar sobre su frente una aureola. La diabetis seguida de la ceguera le arrebató a la vida activa, necesidad de su naturaleza generosa forzándole a la reclusión de un anacoreta. Lejos de murmurar y de quejarse, el noble anciano recibió su mal con toda paciencia y vió en él un designio de la Providencia. Más de una vez recordaba el deber impuesto por Cristo a su discípulo: «Toma tu cruz y sígueme». Puede ser que así pensaba a veces en esta hermosa observación de un anciano: «Los dioses quisieron que Tiresias fuese ciego para que viviese con ellos más que con los hombres». La resignación me hace pensar en el doctor Larrañaga ciego en los veinte últimos años de su vida cuando escribía a una de sus nietas: «Estoy ciego, pero siento el olor de las flores, oigo el zumbido de mis colmenas y los cantos de mis urracas; me da en la cara el viento suave de la mañana, y bendigo a Dios que me ha hecho tanta maravilla, con un orden tan admirable que siempre he gozado en reconocer y amar».

La bella naturaleza, las flores, unidas al sentimiento religioso y a la amistad, fueron un bálsamo consolador para nuestros dos ciegos. También el doctor Lamarca encontró tesoros de afecto delicado en algunos de sus íntimos. Alguno de sus nietos fué su lector favorito. Y en recompensa sin duda por el culto que siempre ha profesado a su madre, el doctor Lamarca, anciano y ciego ha encontrado en una de sus nueras la superioridad intelectual, el cristianismo integral de su madre, al mismo tiempo que su ángel tutelar. Sí: lo que fué Antígona para Edipo, Beatriz para Dante, Marta y María para Cristo, fué esta persona físicamente pequeña, pero moralmente grande, para su anciano suegro herido por la ceguera. Juntos oraban, juntos meditaban; los dos comulgaban en el mismo ideal de justicia y de caridad.

La muerte que vino como un ladrón, lanzó a nuestro anciano en los brazos de Dios, su conversación es cada día más sobrenatural: «*Conversatio nostra in coelis est*», y la fe, la esperanza y la caridad, que eran sus virtudes, son en lo sucesivo como ángeles que guardan su tumba. Parece que nos dice:

«Viajeros un momento por tierra extranjeras,  
Consolaos, pues sois inmortales».

Duerme a la sombra de la cruz, a la que ha servido constantemente: vayamos a beber el ánimo y valor de imitar a este anciano en su amor a Dios y a la Patria; este valiente para quien Luis Veuillot parece haber compuesto el bello epitafio que dice:

«Placez a mon côté ma plume,  
Sur mon front le Christ, mon orgueil;  
Sous mes pieds mettez ce volume,  
Et clouez en paix le cercueil.

Après la dernière prière,  
Sur ma fosse plantez la croix;  
Et si l'on me donne une pierre,  
Gravez dessus: J'ai cru, je vois.

Dites entre Vous: «Il sommeille;  
Son dur labeur est achevé.  
Ou plutôt dites: «Il s'éveille  
Il voit ce qu'il a tant rêvé».

. . . . .  
J'espère en Jésus. Sur la terre  
Je n'ai pas rougi de sa loi;  
Au dernier jour, devant son Père,  
Il ne rougira pas de moi».

DR. J. REINHARD.

---